

Romain Rolland

ROLLAND Y EL SENTIDO DE LO HUMANO

Rolland ofrece a la crítica moderna uno de los campos más vastos e interesantes de la literatura contemporánea. Su obra, —la obra de un hombre que ha amado a la humanidad y se ha sacrificado por ella—, es el triunfo del idealismo sobre el materialismo reinante. Su personalidad humana es un interrogante que debe ser aclarado por las nuevas concepciones del pensamiento universal después de varios años de continuas catástrofes. Es difícil encontrar en Francia, antes de Rolland, un escritor de un ideal tan puro y de un misticismo tan acendrado. La humanidad no ha sabido reconocerle sus méritos y muchas veces ha llegado a tratarlo con cruentas injusticias. La vida de Rolland ha sido, en efecto, una lucha tenaz y perenne con la humanidad y su destino: los sufrimientos morales y materiales, las persecuciones y el desprecio, han sido los elementos depuradores de su alma, en continuo ascenso hacia las alturas de la perfección, en donde el pensamiento se confunde con el infinito. Dentro del crudo realismo en que se agita su vida, encontramos, aunque parezca paradójico, un idealismo tan intenso como el de Platón y tan decidido como el de Kant. Rolland, como Dostoiewsky —el místico ruso— trata siempre de encontrar a Dios, aún en la más insignificante manifestación humana; lo busca con afán y fervor incomparables y purifica su alma, padece y se sacrifica hasta el martirio mismo, con el fin único de encontrar el reposo deseado, en el origen y principio de las cosas. Este idealismo tan singularmente humano y este sentido místico de la vida, que palpita en Rolland, hace de él una de las figuras más originales de la época actual. Pero no nos imaginemos a Rolland como un individualista, no; Rolland, ante todo, es el ser más humano entre todos los humanos y, como tal, su ideal es perfeccionarse a sí mismo y perfeccionar a la humanidad. Su obra toda está dirigida a ese único fin: al perfeccionamiento humano y a la vinculación fraternal entre los hombres. Por eso, ese sello característico de humanidad que notamos

inmediatamente en ella; por eso también, esa íntima comunión entre los propios sentimientos del autor y los sentimientos colectivos de millares de almas.

La universalidad de la obra de Rolland es una consecuencia lógica de su amor hacia lo humano. Los escritores franceses anteriores a él, se habían limitado a bosquejar acontecimientos locales o problemas que atañían directamente a su nación o a su provincia. Aparece Rolland y produce, por primera vez, una obra universal: estudia la historia, la filosofía y las costumbres de todos los países, las reúne y compara entre sí y, con la habilidad maravillosa del artista y del pensador, forma una perfecta síntesis humana: “Juan Cristóbal”, la apoteosis sublime de la vida, el espectáculo grandioso de todo un universo con sus problemas, sus ideales, sus luchas y sus grandes dolores.

En “Juan Cristóbal”, Rolland ha interpretado en forma exacta los sentimientos de los hombres de todas las naciones. Sus personajes son sacados del conglomerado y, sin embargo, en su obra adquieren proporciones divinas. Son creaciones exclusivas de un hombre y, a pesar de esto, más que personajes creados, parecen copias perfeccionadas de otros seres existentes. Juan Cristóbal, por ejemplo, es la producción de una confusión de infinidad de caracteres que reunidos en equilibrio perfecto, dan lugar a la personalidad del artista creador y del hombre que en la obra representa el sentimiento y la fortaleza, las aficiones y las inquietudes del pueblo alemán. Oliverio es, en cambio, el personaje antagónico de Juan Cristóbal, es el tipo característico de la cultura y del refinamiento espiritual de Francia. Y estos personajes que aparentemente se nos presentan tan radicalmente diferentes, en el fondo, son idénticos y constituyen una unidad indivisible; ambos tienen el mismo acendrado amor hacia su patria; ambos aman la vida, y ambos sienten el mismo anhelo de perfección interior. Como un lazo sagrado que ha de unir aquellos dos corazones, se presenta, finalmente, el último personaje de la obra: Grazia, que simboliza el arte y la serenidad del pueblo italiano. Y estos tres pueblos, unidos en sus tres personajes, forman la trilogía incomparable de la paz y de la fraternidad entre las naciones y los hombres.

Pero el sentido de lo humano no sólo se encuentra en sus personajes, sino también en los problemas que constantemente se encuentran diseminados en toda su producción. Rolland, sin tocar los pequeños problemas de la vida sexual, —tema hartamente trillado de escritores antiguos y contemporáneos—, ha hecho una obra tan real y provechosa como la de Tolstoy. La preocupación moral y la preocupación por el destino de las naciones y de la civilización, son sus normas supremas. La afición de Rolland

por esta clase de problemas lo ha alejado siempre de la popularidad prodigada en demasia a otros escritores.

En el momento crítico de 1914, Rolland se convierte en el centro hacia el cual convergen todas las miradas del mundo. Millones y millones de almas se dirigen hacia él pidiéndole un auxilio desesperado. Necesitan un guía que los conduzca acertadamente en aquel caos de tinieblas. El momento decisivo ha llegado y Rolland, con admirable heroísmo, acepta la misión que le confía el mundo. Lucha desesperadamente, y con constancia y valor se entrega de lleno a la causa sagrada de la paz; pone en juego todo su gran poder sobre las masas humanas; escribe mensajes reconciliadores a los hombres más prominentes de todas las naciones; con realismo genial pinta las desgracias inauditas que puede traer consigo la catástrofe próxima a consumarse. Pero todo es inútil; el infatigable luchador es vencido por la incomprensión de una masa que, cegada por el ansia de la sangre, marcha, soberbia, hacia su propia destrucción...

ROLLAND, EL ARTISTA Y EL MISTICO

En Rolland, como en su gran maestro Tolstoy, el arte es sencillamente la perfecta adaptación a la realidad, es decir, la copia fiel y auténtica de todo lo humano. Para estos dos grandes del pensamiento todo aquello que salga de la realidad deja de ser artístico. La verdad, la claridad y la realidad, son para Tolstoy y Rolland, las normas supremas del arte. Sin la presencia de estos tres elementos fundamentales es imposible la realización de una obra perfecta. A una obra de arte sólo se llega después de un largo proceso de depuraciones continuas y después de infatigables trabajos, luchas y sacrificios. Rolland emplea cerca de veinte años escribiendo su obra cumbre: "Juan Cristóbal", y Tolstoy gasta lo más precioso de su existencia en la producción de "La Guerra y la Paz". Analizando estas obras, veremos que no se encuentra en ellas nada de sobrenatural ni de extraordinario, por el contrario, la sencillez y la realidad predominan desde la primera hasta la última página. La claridad de estas dos obras es tan meridiana, el equilibrio en la marcha de los acontecimientos es tan perfecto y la percepción y la equidad en la apreciación de los hechos y fenómenos es tal, que el crítico tiene la impresión casi segura de encontrarse ante una obra perfecta. Esta excepcional concepción del arte verdadero no obstaculizó, en manera alguna, el amplio y libre desarrollo del gran espíritu creador que había en Rolland. Llegar furtivamente al misterio de la nada, penetrar en sus más íntimos y vacíos rincones, mirarla en su grandeza abismal, abstraerse en su contemplación y, después de esta visión magnífica, crear to-

da una humanidad, es para Rolland la más alta concepción del arte, el deleite supremo del artista y la consumación altísima de la perfección. En la creación reside indudablemente el misterio de la vida; quien llega al análisis perfecto del acto creador, de su significación y de su trascendencia, puede confiadamente preciarse de haber llegado al conocimiento del origen primero, o sea, al conocimiento de Dios. Al respecto, Stefan Zweig, en su estudio sobre Romain Rolland, dice lo siguiente: "Rolland sabe que la ciencia no podrá jamás descifrar el secreto de los orígenes; no tiene la cándida fé de los monistas que, por medio de gases simples y de fórmulas, hacen del acto creador una cosa trivial, lo reducen a un esfuerzo puramente mecánico".

El problema de la creación, como muy bien lo dice Zweig, será siempre una cuestión indisoluble para la humanidad; la ciencia será siempre impotente ante él, como impotente es el hombre ante la esencia misma de su propia existencia. Rolland, como verdadero artista que es, se vé impulsado, casi forzosamente hacia la creación. Crear es para él uno de los mayores deleites; pero, en la forma artística de crear, Rolland se separa de su maestro Tolstoy. Como músico y literato a la vez, Rolland crea de la nada; Tolstoy, al contrario, crea siempre una humanidad enmarcada dentro de otra humanidad y en su proceso de creación, no emplea otra cosa que sus propios y maravillosos sentidos y la naturaleza misma, lo cual explica, en parte, la razón por la cual en el arte de Tolstoy predomina, casi constantemente, la conciencia de lo real y de lo físico sobre los sentimientos anímicos y puramente subjetivos. En Rolland se produce el fenómeno excepcional de ser tan real como Tolstoy y, además, más anímico, más sensible e incomparablemente más susceptible de libertades espirituales. El arte de Rolland es un arte que, sin dejar de ser humano, tan pronto se encuentra presente en los éxtasis místicos como en las disquisiciones morales o en las sinfonías magníficas de su gran inspiración musical. El arte de Tolstoy es un arte rigurosamente humano; un arte exageradamente moderado y sobrio hasta la caligine absoluta; un arte casi trágico, amargo, desolador, alimentado tan sólo por un nobilísimo ideal moral y por un alto sentido de la ética y de la dignidad humana. Rolland, como gran místico que era, mira el mundo desde su interior, sin preocuparse por sus manifestaciones externas. Realiza el prodigio, casi único en la literatura universal, de moralizar, divulgar ideas y alimentar inquietudes e ideales, sin traicionar, en ningún momento, el arte que le era tan caro. Tolstoy no puede hacer lo mismo y, cuando en sus últimas producciones, toma como única idea directora la de moralizar y salvar a su patria, el arte inesperadamente salta de

sus manos y sus obras no tienen ya la perfección de épocas anteriores.

En la vida y la obra de Rolland el ideal místico se encuentra por doquiera. Su anhelo de perfección interior y su preocupación permanente por los dolores humanos y por el destino de los hombres, comunican a todos sus escritos un misticismo tan acentuado como el de Dostoyewsky en Rusia o como el de Carlyle en Inglaterra. Por la nobleza de los pensamientos, por la compasión sincera de las miserias humanas, por la universalidad de sus problemas, la obra de Rolland se presenta ante el mundo con la sublimidad y sublime belleza del siempre inmortal libro de Job. Su misticismo lo ha convertido en un inconforme con las costumbres y el estado actual de los hombres; desea para sí y para todos sus semejantes la mayor perfección posible dentro de los límites de lo humano. Proclama la expiación, el sufrimiento, los sacrificios, el amor y la constancia, como los elementos indispensables para llevar a cabo su ideal de purificación y perfeccionamiento moral. Atormentado siempre por problemas de toda índole, con voluntad titánica, ha tratado siempre de penetrar en el origen y la esencia misma de las cosas. Asombrado ante el milagro maravilloso del Universo, sobre el abismo del vacío infinito, quiere encontrar a Dios por todas partes, quiere hallarlo en la más pequeña e insignificante de las cosas y siempre se siente —como los habitantes primitivos— sobrecogido de terror ante las múltiples maravillas creadas por su mano. Su espíritu inquieto lo conduce hasta las mesetas desoladas de la India, en donde encuentra un hombre que realiza plenamente sus ideales y, entonces, Romain Rolland es feliz. Por fin, en las más ignoradas regiones de la civilización, ha encontrado un hombre que podría considerar casi perfecto; un hombre a quien obedecen, como mansas ovejas, millones y millones de almas; un hombre que se sacrifica y sufre por sus hermanos; un hombre, en fin, que tiende hacia la perfección moral y la fraternidad de sus semejantes. Mahatma Gandhi es entonces el origen de un nuevo ciclo de obras en la vasta producción de Rolland y es también un nuevo período en la vida del gran pensador. La perfección que no había encontrado en genios europeos de las proporciones de Shakespeare, Beethoven, Tolstoy y Miguel Angel, la encuentra plenamente colmada en hindúes humildes como Ramakrishna, Swami Ashokananda, Ram Mohun Roy y Gandhi. Y, en esta forma, el ideal místico de Rolland encuentra un amplio campo de acción donde podrá desarrollar, en adelante, la gran misión que se ha propuesto en la humanidad.

SAMUEL SYRO G.